

EL MUNDO APALABRADO

Julián Serna: *La filosofía nace dos veces*, Barcelona, Anthropos, 2005, 108 pp.

La interesante colección *Huellas* de la editorial barcelonesa Anthropos está dando a conocer un variado conjunto de textos en el que destacan algunas obras que, sin apartarse de la reflexión filosófica más rigurosa, realizan incursiones muy provechosas en el ámbito de la literatura o que extraen de ésta motivos de reflexión para aquélla. El caso de *La filosofía nace dos veces* es paradigmático en este sentido, pues se construye sobre dos ensayos, un primero que da título al libro –y el más original a nuestro juicio–, y un segundo que lleva a cabo un comentario preñado de consecuencias filosóficas del conocido relato de Borges, “La lotería en Babilonia”. La unidad del texto se avala por el hecho de que las conclusiones que se extraen del comentario de este relato coinciden con las intenciones expresadas por el autor en el prefacio y se solapan eficazmente con la fenomenología acerca de los dos tipos fundamentales de filosofía, así como con sus propuestas acerca de formas alternativas de lectura, trazada por el autor en el primero de los ensayos.

Que nuestro mundo es un mundo apalabrado lo acredita la filosofía contemporánea de múltiples maneras. Partiendo del giro lingüístico en filosofía, la intención de Julián Serna es descifrar el significado de términos como “filosofía” y “tiempo” en relación con los *modos materiales* del filosofar, la oralidad y la escritura, en lugar de asumir acríticamente aquel “feudalismo semántico que llevaría a ver unidad donde hay diversidad”(9) y al que hasta presente tales términos habrían estado sometidos. De la existencia de estos dos *modos materiales* del filosofar se sigue la idea del doble nacimiento de la filosofía, puesto que la filosofía generada desde la oralidad, en el diálogo vivo, implica una lectura interactiva y una lectura nómada, mientras que aquella generada desde la escritura, en cambio, debería ser vista en relación con el pensamiento binario y el pensamiento arquitectónico. En efecto, buena parte de la filosofía tradicional que nos resulta claramente reconocible está ligada a distinciones (como la antítesis sujeto-objeto, la oposición lenguaje-mundo e incluso el contraste verdad-falsedad) que son construcciones inducidas por los hábitos lingüísticos desarrollados

por la escritura y que Serna desvela mostrando cómo la tradición oral de los griegos, así en el caso ejemplar de Homero, las desconocía. La extensión de esta tesis al examen de la filosofía occidental es un paso lógico: la fijación de la palabra escrita sugiere la fijación de las entidades en el mundo, lo que alimenta naturalmente la aspiración metafísica. Frente a ello, la observación crítica de Nietzsche, recogida por Serna, reconoce que en este resultado hay algo hasta cierto punto arbitrario aunque inevitable:

“Nuestro intelecto no está organizado para la comprensión del devenir; se esfuerza por demostrar la general rigidez, en virtud de su origen imaginativo. Todos los filósofos han perseguido el mismo fin: demostrar el eterno ser; porque el intelecto encuentra en él su forma y su acción propias.” (Cfr. 28)

Ahora bien, según parece apuntarse, lo que Nietzsche tal vez no llegase a ver es que esta incapacidad para comprender el devenir sólo es achacable al pensamiento entrelazado a la escritura, no al engarzado a la oralidad. Pues la escritura también se oculta entre los bastidores del pensamiento lineal y del pensamiento causal. La linealidad de la escritura sugiere la del pensamiento que, trasladada al ámbito de una metafísica en expansión, promueve la idea de un principio o un final absoluto del pensar, como acontece respectivamente en Descartes y en Hegel. Esta misma forma de composición manifestada por la escritura –primero una palabra, luego otra; primero una frase, luego otra; primero un texto, luego otro- favorece la generación del pensamiento causal en la interpretación de la sucesión de los fenómenos. El mismo ideal epistemológico de la objetividad puede ser contemplado como el fruto sofisticado de un hábito conectado con la escritura: ésta genera al texto como objeto, *prima facie*, visual, y otorgándose así preeminencia al ojo y no al oído, “el sujeto asume el rol de espectador” (30), del cual puede pasarse fácilmente después a la idea de un *espectador neutral*, capaz de una *visión objetiva*. No cabe duda de que las originales conclusiones de Serna con respecto al pensamiento binario y arquitectónico ligado a los hábitos de la escritura –la linealidad (o coherencia) del pensar, la noción de causalidad y el ideal de objetividad serían, pues, *construcciones*- confluyen con la deriva deconstruccionista y pluralista de pensadores *postmetafísicos* como Nietzsche, Heidegger, Deleuze, Derrida o Rorty.

A pesar del vínculo entre filosofía y escritura, el origen histórico muestra más bien una relación estrecha de la filosofía con la oralidad, como se pone de manifiesto en las formas de expresión predilectas de los presocráticos. Cuando éstos reproducen la

utilización de los recursos poéticos de las viejas formas orales de transmisión del saber en el molde escrito abren una posibilidad que el pensamiento binario y arquitectónico cerraría después bajo una pesada losa: el acercamiento de *mythos* y *logos*, de la poesía y el pensamiento. Los recursos literarios serían barridos del discurso serio y relegados a objetos de estudio de la retórica. De este modo, la sensibilidad connotativa de la oralidad sería enterrada por el afán denotativo de la escritura, lo que, según Serna, supuso un deterioro franco del pensamiento. “Conocimiento placentero como el de la literatura oral, conocimiento transformador como el del mito, constituyen, en síntesis, las pérdidas de la filosofía en su tránsito de la oralidad a la escritura.” (48) Sin embargo, Serna cree posible sortear los hábitos lingüísticos deudores de la escritura en los que estamos inmersos y recobrar algunos elementos de la oralidad. Para ello propone lo que denomina “lectura interactiva” y “lectura nómada”. Por la primera entiende una emancipación de la reflexión actual del pensamiento binario y arquitectónico que consistiría no sólo en

“abandonar la concepción de la historia como historia universal, la antítesis atraso-progreso a partir de la cual se formulan las filosofías de la historia, y descreer del dualismo sujeto-objeto, de la concepción de la razón como antípoda de la imaginación, propios de las epistemologías, sino además operar el relevo de la ontología ‘euclidiana’, es decir, rectilínea, por una ontología rizomática (Deleuze y Guattari).” (50-1)

Por “lectura nómada” entiende un tipo de lectura –potenciado hasta el extremo por los recursos de Internet- que, comprometido con “la inteligencia asociativa y creadora” (56) y atendiendo a las diferencias, a los márgenes, subvierta “el primado del pensamiento binario y del pensamiento arquitectónico” (56). A pesar del atractivo indudable de tales alternativas, no podemos evitar mencionar tres comentarios críticos al respecto. En primer lugar, no acaba de verse cómo puede alzarse la losa de la tradición textual fundamentada en la escritura para acceder a la otra tradición olvidada, la de la oralidad, apelando a doctrinas que sólo pueden resultar inteligibles desde la primera, como ocurre con la ‘ontología rizomática’ de Deleuze y Guattari. Esta línea de crítica podría situarse en paralelo a la que trazó en su día un joven Adorno cuestionando el *Ursprache* al que inútilmente apeló Heidegger para sustraerse de la tradición de la metafísica occidental. Por otra parte, en segundo lugar, ¿es razonable asumir que el rechazo a la mayoría de los tópicos elaborados por la filosofía occidental, como la idea de progreso o los dualismos sujeto-objeto y razón-imaginación, en lugar de proyectar la reflexión

dialécticamente hacia el futuro, vaya a conducirnos, en cambio, a los brazos de una tradición ya abolida e inoperante después del invento de Gutenberg? En tercer lugar, no está claro que la estrategia de la lectura nómada sea algo radicalmente diferente a lo que se ha llevado a cabo tradicionalmente en filosofía. Si por “lectura nómada” se entiende una que selecciona aquello que le interesa de un texto con vistas a su utilización compositiva, es decir, con vistas a la elaboración de otro texto, entonces, en efecto, esto parece que se manifiesta en la interacción de los internautas en la Red, aunque sólo sea en este caso de manera capilar y compulsiva, pero no cabe duda de que ha sido también –al menos para la lectura de la historia de la filosofía propuesta por autores tan lúcidos como Rorty- la maniobra fundamental e inadvertida de los filósofos: una redescrición del terreno intelectual hecha con la intención de elaborar un discurso en el cual aparezcan como irrelevantes los términos del oponente y apreciables los del aliado.

El segundo ensayo, “La reiniciación del tiempo en ‘La lotería de Babilonia’ de Borges”, aprovecha el relato del maestro porteño para extraer conclusiones acerca de dos conceptos de tiempo: por una parte, el “tiempo vegetativo”, que se entiende como “sucesión de horas” y, por consiguiente, como sacrificio del pasado y del futuro en el altar del presente; por otra, el “tiempo con opciones”, abierto a la contingencia, expresión de la presencia irreducible del azar en la vida del mundo. La reflexión de Serna sobre el carnaval como una manifestación de que la realidad puede ser reiniciada con determinaciones que subvierten las hasta ahora dominantes tiene como consecuencias filosóficas relevantes el establecimiento de un vínculo entre carnaval y pluralismo y la ponderación de que la risa –el efecto inmediato de cuestionar lo establecido- despierta la reacción de modalidades autoritarias de pensamiento (y no sólo de pensamiento). Son éstas las que desean rematar la tradición filosófica con un léxico y unos teoremas definitivos, las que “quieren colocar punto final a esa larga conversación que ha sido la filosofía” (68). El relato de Borges, que Serna somete a un escrutinio espléndido, refiere de qué modo uno de los habitantes de Babilonia va desvelando a una audiencia inconcreta cómo, mediante la instauración de los sorteos de lotería en la legendaria ciudad, el azar pasa de ser comprendido como una determinación psicológica a una política hasta que, por fin, alcanza un estatuto cósmico, a la altura del que le atribuyeron Heráclito o Nietzsche. De este modo, la lotería en Babilonia es sólo un ejemplo del modo en que el azar interviene en el mundo o, por mejor decir, de cómo el mundo mismo es azar y el tiempo se ramifica infinitamente en opciones diversas. En

esta lección sobre el azar extraída de la literatura, Serna no sólo encuentra motivos que confirman que nuestro mundo sólo puede ser uno apalabrado, sino que además remite a esta enorme textura de palabras – a la textura que hallamos y a la que añadimos nuevas palabras, creando así nuevas configuraciones- las simientes de la única libertad posible para los hombres.

Lluís Pla Vargas Seminario de filosofía política de la Universidad de Barcelona